

Imaginarios sobre la modernidad y tradición en Mérida: ciudad y vida cotidiana de sus habitantes, 1880-1940.

Serenella A. A. Cherini R.

[serenellacherini@yahoo.es]

[scherini@ula.ve]

Universidad de Los Andes. Doctorando en Ciencias Humanas.

Resumen

El presente artículo muestra un estudio del ámbito urbano de la ciudad de Mérida de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, fundamentado en el análisis de imaginarios presentes en obras de importantes autores como Mario Briceño-Iragorry, Mariano Picón Salas y Tulio Febres-Cordero, vistos desde la óptica de la historia cultural urbana. Con ello, este trabajo revela un panorama del modo en que el proceso de urbanización social se llevó a cabo materializándose en los espacios públicos y privados más significativos, tradiciones y costumbres predominantes y el papel de 'agente de cambio' que algunos objetos desempeñaron para la ciudad y sociedad de la época.

Palabras clave: Imaginario urbano merideño. Historia cultural urbana. Urbanización. tradición. Modernidad.

Abstract

Imaginaries about modernity and tradition in Mérida: city and daily life of its inhabitants, 1880-1940.

This paper presents a study of the urban area of the city of Merida in the late nineteenth century and early twentieth century, based on an analysis of imaginary present in the works of important authors such as Mario Briceño-Iragorry, Mariano Picón Salas and Tulio Febres-Cordero, viewed from the perspective of the urban cultural history. Thus, this work shows an overview of how the process of social urbanization took place in Merida's most significant public and private spaces, its prevailing traditions and customs and the role as 'agents of change' that some objects played at the modernization of this city and its society of the time.

Key words: Merida's urban imagery. Urban cultural history. Urbanization. Tradition. Modernity.

Introducción

Dentro de una investigación del tema tradición-modernidad en el ámbito sociocultural, el estudio del imaginario a lo largo de la historia de una ciudad es importante ya que muestra aspectos significativos de la vida cotidiana en un lugar y tiempo determinados. En este caso, el punto focal será el ámbito urbano de la ciudad de Mérida de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, en aras de revelar algunos aspectos de la historia cultural urbana merideña que deben ser considerados para analizar y evaluar las maneras en que se filtraron los aires de la modernidad en esta pequeña ciudad venezolana de origen colonial.

Gracias al análisis de imaginarios producidos por escritores vinculados a la élite de la sociedad venezolana y los aportes brindados por otras disciplinas, este trabajo ofrece una muestra de imágenes de la ciudad y sociedad de la Mérida de antaño, logrando con ello identificar algunos de sus espacios públicos y privados más importantes, algunas tradiciones y costumbres predominantes en la sociedad urbana de la época, y varios de los objetos que fueron considerados como agentes del ‘proceso de urbanización social’ de la ciudad. El estudio comienza con una breve exploración de las investigaciones más relevantes en el tema de imaginario urbano venezolano, pasando luego a la explicación de algunos conceptos claves (por ejemplo urbanización, modernidad y tradición), para finalmente brindar un panorama de lo que pensadores como Mario Briceño-Iragorry, Mariano Picón Salas y Tulio Febres-Cordero, entre otros, muestran del proceso de urbanización social. El trabajo concluye ofreciendo una aproximación de lo que se considera fue el modo en que se materializó ese proceso de urbanización social en la ciudad, develando aspectos que quizá el actual habitante de la ciudad puede percibir como huellas de ese pasado en su ciudad actual.

Las bases sobre las que se sostiene el estudio del **IMAGINARIO URBANO** en esta investigación fue el corpus que de la “nueva historia y representación urbana” desarrolló el Dr. Arturo Almandoz (2004a). En ella, el autor logra vincular posiciones de la microhistoria y la historia cultural, de manera de enfocarse en un espacio geográfico reducido prestando mayor atención a “*la cotidianidad y a las personas comunes y corrientes, antes que a los hechos muy importantes de determinados personajes con marcada relevancia dentro de su entorno*”. (Troconis de Veracochea en Almandoz, 2004a: 62-63)

Bajo esta perspectiva, podría decirse que las ciudades venezolanas de los siglos XIX y XX han sido tema de investigación de varios autores contemporáneos, entre los cuales cabe destacar el Dr. Arturo Almandoz M.¹ con su obra dedicada a la ciudad de Caracas, la estudiosa Nilda Bermudez B.² con su trabajo sobre la ciudad de Maracaibo y la Dra. Eligia Calderón³ con su estudio sobre la ciudad de Mérida. En ellos se hace palpable el proceso de transformación de esas ciudades durante un período que podría calificarse de ‘transición’ entre ambos siglos y que se evidencia fuertemente después de la década de 1920, quedando claro el hecho de que el proceso de modernización y urbanización ocurrió en tiempos y extensiones que de ciudad en ciudad variaban dependiendo de una serie de factores como actividades de sustento de su población (muchas veces liderizando en materia de algunos rubros de exportación nacional), sus redes y sistemas de comunicación con naciones

extranjeras y con otras regiones del país y las concepciones de vida impuestas por los personajes de influencia económica, política y social durante la época (los miembros de las élites venezolanas)⁴

Pero antes de adentrarse en este estudio de la ciudad, es apremiante precisar algunos términos. Comenzando por el término **IMAGEN**, hace referencia a la representación o idea que se tiene de las cosas, a la manera en que quedan grabadas en la memoria luego de ser percibidas y experimentadas; es decir, la imagen es representación y significación. Se habla entonces de **IMAGINARIO** para referirse al conjunto de imágenes que se tiene de una cosa, en este caso sobre la ciudad y sociedad de Mérida durante finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Para estudiar las representaciones de la **CIUDAD**, es preciso aclarar que los orígenes de ese término lo conectan con la acepción de ‘centro de población’ (Gómez, 1988). Proviene del vocablo latín «civitas» (conjunto de *ciudadanos* o miembros de la comunidad, de la familia, queridos) y sobre la base de esta noción, el término ciudad implica un lugar donde se concentra un conjunto de personas que se conocen y que en cierta manera se aprecian. Pero sin ánimos de profundizar en las implicaciones sociológicas ni filosóficas relacionadas con la definición de ciudad, el mismo término conlleva a hablar de lo **URBANO**, palabra procedente del término latín «urbanus» (de la *ciudad*) (Gómez, 1988).

Ahora, sería interesante ver la manera en que se da vida a una ciudad, como se va generando lo urbano. Para ello debe definirse el término **URBANIZACIÓN**, entendido aquí como un proceso de cambio cultural y registro material derivado del proceso de modernización. El autor norteamericano Breese (1968) utiliza el término *urbanización* para describir la evolución de maneras y patrones de comportamiento peculiares de las zonas urbanas. Por su parte, el Dr. Almandoz quien explica que el término *urbanización* engloba múltiples sentidos o dimensiones entre las que destaca el nivel demográfico (cantidad de personas viviendo en ciudades), las transformaciones territoriales (en términos de extensión y equipamiento), el cambio social y cultural que una sociedad debe superar para considerarse ‘urbanizada’⁵. Pero como Almandoz demuestra a lo largo de su obra, esas dimensiones no están necesariamente equilibradas dentro de una misma ciudad, región o nación. En este sentido, al hablar de lo que considera las «zonas urbanas de reciente desarrollo» en Latinoamérica, Breese comenta que “*es muy probable que un alto grado de urbanización física –en términos de donde vive la gente- habrá de caracterizarse por un bajo grado de urbanización social en el sentido de que se carezca de las ventajas apropiadas para la vida urbana*” (Breese, 1968: 168). Es precisamente en ese desequilibrio de dimensiones de lo urbano que se cree que los casos venezolanos muestran una riqueza impresionante donde el conflicto tradición-modernidad y su respectiva plasmación en la ciudad juegan un papel trascendental en la historia cultural urbana venezolana.

Desde una perspectiva sociológica, hablar de un solo modo de vida urbano es algo difícil. Sin embargo, en términos generales podría decirse que la vida urbana se caracteriza por la presencia de aspectos como la pérdida de las relaciones primarias, un debilitado control social, gran división del trabajo, gran importancia de los mass media y el anonimato. (Abercrombie et al., 1994) Pero, si se pudiese hablar de un ‘modo de vida urbano

venezolano', tal vez las características serían otras. En este sentido, resultan significativos los aportes ofrecidos por Vila cuando indica que hasta antes de mediados del siglo XX las diferencias entre el modo de vivir en el ambiente rural y urbano venezolano eran pocas: la mayoría de las ciudades venezolanas presentaban servicios deficientes (agua potable, electricidad, etc.), condiciones higiénicas deficientes, alto índice de mortalidad y analfabetismo, entre otros (Vila, 1974). No obstante, en el presente trabajo se asume que a pesar de los desequilibrios en las diversas dimensiones del término urbanización, desde mediados del siglo XX Venezuela ha sido visto como un "país urbanizado", sin dejar a un lado el hecho de que muchas de las ciudades del interior para el momento eran meros "centros poblados". Como lo indica Almandoz (2002) en una de sus conclusiones, el persistente carácter pueblerino que las crónicas muestran de la ciudad de Caracas hasta bien entrado el siglo XX, resulta predicable no solo de la capital sino con más razón de las ciudades del interior.

Es precisamente ese carácter pueblerino de las ciudades provincianas –vinculado muchas veces a la imagen de ciudad tradicional- lo que interesa explorar aquí, observándose un forcejeo entre el advenimiento de la *modernidad* y el deseo de mantener la *tradición* (de gradación variante de ciudad en ciudad). Sus huellas quedarán plasmadas tanto en la memoria de intelectuales coetáneos como también a nivel urbano-arquitectónico, logrando así acentuar la idea de que la ciudad es un hecho colectivo cuya estructura física va siendo construida tramo a tramo a lo largo de los años con la participación de todos sus habitantes.

En este punto se vuelve inevitable explicar que la **TRADICIÓN** remonta su etimología al término latín «traditionem» llevando a pensar en la acción de transmitir o entregar algo (Gómez, 1988). De acuerdo a Abercrombie (1994), una *tradición* es cualquier práctica humana, creencia, institución o artefacto que se transmite de generación en generación, y cuyo contenido generalmente se vincula a algún elemento de la cultura que se considera parte de la herencia común de un grupo social. Es por ello que la tradición se considera fuente de estabilidad social y legitimación y provee una base sólida que permitirá generar y asimilar los cambios en el tiempo presente. Por su parte, el filósofo Ferrater (1999) define tradición como el conjunto de normas, creencias, etc. a menudo incorporadas en instituciones, ante el cual se puede adoptar una actitud de sumisión y respeto o se puede adoptar una actitud crítica. Dentro de este análisis de lo tradicional de una ciudad y su gente, resulta útil abordar aspectos básicos de las costumbres que poseía la población en sus espacios cotidianos. Así, sirve la definición que da la antropología al término **COSTUMBRE**. Dice que se utiliza para denotar patrones establecidos de conducta y creencia, refiriéndose a las rutinas de la vida diaria y a las características distintivas que diferencian una cultura de otra. (Abercrombie et al., 1994).

Aclarada la definición de Tradición, se pasa a examinar el término **MODERNIDAD**. Éste se refiere a lo característico de lo 'moderno' o 'más reciente', verificable en los campos económico, político, social y cultural: economías industriales, capitalistas, organización política democrática, estructura social dividida en clases. En el ámbito cultural, la modernidad alude al gusto por la fragmentación de la experiencia, la comodidad y racionalidad de todos los aspectos de la vida, la aceleración del paso de la vida cotidiana (Abercrombie et al., 1994). Muchas veces esa modernidad cultural se ve vincula a la

MODERNIZACIÓN que según Abercrombie (1994) hace referencia al proceso global a través del cual las ‘sociedades tradicionales alcanzan la modernidad’. La *modernización cultural* produce secularización y adherencia a ideologías nacionalistas, mientras que la *modernización social* tiene que ver con el aumento de alfabetización y urbanización, y el incremento de la diferenciación social, entre otros aspectos. Se observa entonces como la urbanización como proceso de cambio cultural también se exhibe como registro del proceso de modernización. Como señala Almandoz, “...no sólo a través de las mejoras posibilitadas por el ingreso petrolero y saludadas por los positivistas, cabe recordar que la modernidad del siglo XX había llegado ya a Venezuela también por vía de la urbanización”. (Almandoz, 2002: 140)

Desde una perspectiva sociológica, el estudio del fenómeno de la urbanización en Venezuela hace visible “el cambio en el modo de vida de una sociedad que pasó de la tradición a la «sinuosa modernidad» liderada por élites latinoamericanas que experimentan los desajustes entre un «modernismo cultural» y una «modernización social» vacilantes...” (Almandoz, 2002: 9). Y es que para el caso venezolano, los procesos de modernización y urbanización deben verse bajo la óptica de la «conculturación»⁶, es decir, una imposición de elementos culturales de un grupo social dominante a un grupo social dominado, que surge desde la época colonial posiblemente hasta después de mediados del siglo XX.

En este sentido, el proceso venezolano de urbanización y modernidad ha sido abordado por varios autores, entre los que destacan el Dr. Almandoz⁷ y la Arq. Febres-Cordero⁸. Ambos esbozan una *periodización* parcialmente coincidentes en algunos rangos de tiempo pero diferentes en cuanto a los criterios que las generan:

1. Almandoz (2002) perfila **tres etapas de Urbanización en Venezuela**, fundamentado en los cambios poblacionales y económicos representados en términos de ocupación territorial y funcionamiento demográfico. Dicha periodización comprende una primera etapa de la Venezuela pre-petrolera -abarcando hasta la década de 1920-, una segunda etapa de transición o «ciclo transicional» que va desde década 1920 hasta la década de 1950 y una tercera etapa que abarca desde la década de 1950 hasta el presente.

2. Febres-Cordero (2003) opta por **cuatro etapas para definir la Modernidad en Venezuela**, basada en la aparición de “signos” como cambios de la estructura urbana (la trama, la calle, etc.) y en el ámbito arquitectónico. Así, menciona una primera etapa de Anticipación (1830-1935), una segunda etapa correspondiente a la «Primera Modernidad» (1935-1948), una tercera etapa de consolidación o «Segunda Modernidad» (1948-1960) y una cuarta etapa de continuidad persistente hasta 1975.

El período de los años 1880-1940 escogido para el análisis del “proceso de urbanización” en la ciudad de Mérida, se inserta en la etapa de anticipación nombrada por B. Febres-Cordero o la etapa pre-petrolera de Almandoz. Las razones para tal lapso son diversas: Es un período que comienza durante el mando del ‘promotor del progreso’ Gral. Antonio Guzmán Blanco y termina antes de la década de lo que algunos llaman los inicios del ‘proceso de industrialización del país’ (Vila, 1974). Además, es de especial importancia

para el Estado Mérida ya que durante ese lapso el café se convierte en el producto más importante de la región exaltando su auge económico (Moreno, 1986). El presente trabajo es solo una muestra de lo que innumerables fuentes primarias reflejan acerca de los relevantes cambios sociales y culturales que se desarrollaban en Venezuela durante esa época, donde los aires de progreso infundidos por personajes influyentes del ámbito político y social del país también influirían en la apacible ciudad emeritense de aquellos años.

Para brindar una idea breve de lo que acontecía en el panorama nacional de entonces, se acude al Dr. Almandoz (2002) quien indica que la estructura de asentamientos y relaciones económicas que el país heredó de la Colonia se mantuvo vigente durante los cambios de su modelo agroexportador hasta las dos primeras décadas del siglo XX. Para él, la sociedad oligárquica nacional de base agrícola y comercial -cuyas tradiciones reflejaban no solo la república decimonónica sino también el pasado colonial-, comenzó a evidenciar formas de una “cultura transicional” que anunciaba la revolución petrolera por venir.

Remontarse al período 1870-1898, muestra una Venezuela gobernada básicamente por dos militares cuyos propósitos eran introducir el progreso y la modernidad al país. Ellos fueron el Gral. Antonio Guzmán Blanco (1870-1888) y el Gral. Joaquín Crespo (1893-1898). Guzmán Blanco impulsó algunos cambios culturales con la finalidad de “*incluir a la nación venezolana dentro de la cultura de los llamados países industrializados*” (Febres Cordero, B., 2003: 66). A través de la transformación de la fisonomía de algunas regiones del país, especialmente de la ciudad de Caracas, se comienza a transmitir un aparente mensaje de cambio y progreso por toda la nación⁹: construcción de edificaciones de tendencias estilísticas afrancesadas, grandes obras de ingeniería y la adopción de ciertas tecnologías. Al respecto, cabe destacar que la introducción de esos elementos modernos “*solo justificaba una actitud de parecer modernos, porque esto no era producto de un proceso estructural con inclusión de lo intelectual, lo cultural, lo político o lo social. Solamente, podría decirse, comienza un proceso de modernización después de la muerte de Juan Vicente Gómez...*” (Febres-Cordero, B., 2003, 67)

Venezuela trataba de involucrarse en un ambiente que, como señala Romero (1976), era algo común para la época: desde las dos últimas décadas del siglo XIX las ‘grandes ciudades latinoamericanas’ –capitales, puertos y aquellas que orientaron su producción al mercado mundial- comenzaron a experimentar cambios en su fisonomía y estructura social, alterándose, entre otros aspectos, las tradicionales costumbres y maneras de pensar de las sociedades urbanas “*embriagadas por el vértigo de lo que se llamaba el progreso*” (Romero, 1976: 247). Fueron en ellas donde se aceleraron “*las tendencias que procurarían desvanecer el pasado colonial para instaurar las formas de la vida moderna*” (Romero, 1976: 248).

En el caso venezolano, se dice que fue la ciudad de Caracas el foco de irradiación del progreso (Febres-Cordero, B., 2003) y las áreas de mayor influencia Europa y Estados Unidos por verse en ellos “*los símbolos del progreso*”. Sin embargo, hay que aclarar que la imagen de progreso predominante a mediados del siglo XIX en países como Inglaterra, Francia y Alemania, ligada al avance científico-técnico y al prestigioso mundo industrial,

no se dio en Latinoamérica: para ella fue un ‘modelo’ o ‘espejo’ al que debía incorporarse “...importando los productos que eran fruto del progreso, primero, y constituyendo luego los sistemas para posibilitar esa incorporación de manera sólida y definitiva”. (Romero, 1976: 310)

Durante el período 1899-1908, bajo el mandato de Cipriano Castro, Venezuela prevaleció en una situación conflictiva sobre todo a nivel económico, que será luego superada durante la dictadura del Gral. Juan Vicente Gómez (1908-1935). Gómez impulsó la disminución de enfermedades endémicas, la alfabetización y la construcción de sistemas de comunicación, bajo el lema de ‘orden y progreso’ como medio para controlar a la población. Finalmente, las postrimerías de la década de 1920 con sus actividades de exploración y explotación del petróleo indujeron cambios sustanciales que llevaron hacia la lenta modernización del país (Febres-Cordero, B., 2003).

Es un período en el cual un temprano ciclo de urbanización comenzó a transformar la Venezuela rural a través de cambios en las ciudades pueblerinas. Dentro de éstas destacaba la ciudad de Mérida. Como se mencionó con anterioridad, la vía para analizar el *proceso de urbanización* de la ciudad de Mérida en sus dimensiones social y cultural, es decir, sus cambios sociales más destacados, fue mediante el análisis que de ese proceso han dado grandes pensadores andinos del siglo XX; fuentes llenas de ricas representaciones y pensamientos (imágenes) de la ciudad de Mérida desde la perspectiva de algunos de sus habitantes y visitantes. Por otro lado, con la finalidad de presentar una visión más directa del proceso de urbanización de dicha ciudad durante el lapso propuesto y los diversos cambios socio-culturales de la sociedad emeritense, las imágenes de Mérida se estructurarán sobre la base de tres dimensiones: El contexto natural y construido con sus servicios, el nivel demográfico y los objetos cotidianos del momento.

Un aspecto que no se puede pasar por alto es que la ciudad de Mérida posee una larga historia que la coloca desde sus primeros años coloniales como un centro importante en la conquista y colonización del occidente venezolano, así como también un destacado núcleo político, cultural y religioso (Rondón, 1984)

En la búsqueda de sus incursiones en tiempos modernos, la investigación de E. Calderón deja claro que “*en el devenir de la ciudad de Mérida existen referentes de modernidad, progreso, urbanidad y mentalidad cívica que son tomados, interpretados y ajustados a un modo particular del ser local, dando como resultado una imagen urbana singular y característica del ser merideño*”. (Calderón, 2005: 6) De igual manera, la Arq. Febres-Cordero indica que durante esta ‘etapa de anticipación de la modernidad’, se observan en Mérida los primeros signos de la transformación tanto urbana como arquitectónica “*evidentes por lo demás en las reconstrucciones –consecuencia en parte de sucesivos terremotos [sobretudo el de 1894]-, las expansiones lentas de la cuadrícula y los primeros cambios del damero emeritense.*” (Febres-Cordero, B., 2003:84)

También habría que considerar que se trata del «período histórico de la economía cafetalera y el advenimiento del petróleo», cuando la sociedad venezolana vivía un tiempo en el que “*los grandes inventos generados por la revolución industrial en Inglaterra y por el*

desarrollo del capitalismo, en general, comienzan a ser introducidos en esta región del mundo: América Latina, Venezuela y la región de los Andes...” (Moreno, 1986: 158). Al respecto, Romero (1976) menciona que el contraste entre Caracas y ciudades de ‘calma provinciana’ como Valencia, Maracaibo y Mérida eran muy grandes, pero que paulatinamente esos contrastes se fueron desvaneciendo a medida que se iban facilitando las comunicaciones.

Otro detalle que se debe tener presente a lo largo de esta investigación es que, como señala Picón Salas “...*el tiempo para el que nace en Mérida es como un tiempo denso y estratificado (tan diverso en este tiempo nervioso y olvidadizo que se vive en lugares más modernos)...*” (1993: 6) Se trata de una población cuyos habitantes parecieran vivir un tiempo lento que los hace casi inmutables, ante los diversos encuentros que según apunta Febres-Cordero (1960a), sólo en el estado Mérida entre 1880-1899 se llevaron a cabo 23 de ellos, de los cuales 6 tuvieron como escenario a la ciudad¹⁰ en diversos puntos. Y es que esto llama poderosamente la atención al ver que algunos autores señalan que los conflictos civiles y la guerra Federal apenas turbaron la paz de la ciudad, al punto de que sirvió como refugio a muchas familias perseguidas que vinieron de todo el país (Rondón, 1984).

1. El paisaje natural y construido

La imagen del paisaje merideño ha sido tema de prestigiosos historiadores, cronistas y viajeros¹¹. El Dr. Carlos Chalbaud Cardona (1958) comenta que desde Mérida el observador puede contemplar cuatro de los cinco pinachos que constituyen “*la mayor atracción turística que la ciudad ofrece al viajero*”: El León (4743 m), El Toro (4758 m), La Columna con su Pico Bolívar (5005 m) y La Concha (4922 m). No obstante, las cumbres nevadas no eran solo un elemento turístico sino también de gran utilidad para la vida del ciudadano. El hielo era extraído del Pico de La Concha, que se consideraba el portador de nieve más importante de la montaña. Era cargado por varios hombres, “*cada uno de ellos cargaba como unas 60 a 70 libras de hielo, envuelto en las hojas de la «Espeletia Frailejón»...*” (Chalbaud Cardona, 1958: 96) y luego vendido en la ciudad por los llamados «neveros» para ser utilizado en los hogares como herramienta de conservación de elementos precederos, fabricación de helados, etc.

Existen varias descripciones que de manera representativa dibujan la ciudad tradicional de entonces. Comenzando por una idea de su extensión territorial, el plano topográfico elaborado en 1856 por el Dr. Gregorio Fidel Méndez deja ver que la ciudad estaba dividida en tres parroquias (Sagrario, Milla y Llano) integradas en una cuadrícula de ocho calles longitudinales y veintitrés calles transversales (Chalbaud Zerpa, 1985). El acuarelista y naturalista alemán Antón Goering en su visita durante el año 1869 apunta que “*Como en todas las ciudades de Venezuela, las calles están trazadas a cordel; las casas ofrecen un aspecto monótono y a causa de los frecuentes terremotos rara vez poseen más de una planta...*” (Goering, 1962: 116). Por su parte, el Dr. Chalbaud Cardona en cierta manera ratifica esa ‘perspectiva’ de la ciudad al comentar que en el año 1904, desde la cima del Toro, el Dr. Samuel Darío Maldonado vislumbraba la ciudad expresando que “*...descorridos el telón borroso de neblinas, el lejano ajedrez de las calles, los techos*

rojos, las paredes y torres blancas de la ciudad de Mérida, aparecieron al fin..." (Maldonado en Chalbaud Cardona, 1958: 140).

Don Tulio Febres Cordero (1960a) ofrece una descripción de la ciudad para 1892, «la más semejante, material y espiritualmente, a la reconstruida después del terremoto de 1812». Comienza aludiendo a su imponente paisaje natural circundante conformado por la Sierra Nevada «orgullo de Mérida», la loma de las Flores y los cuatro ríos (Albarregas, Milla, Mucujún y Chama); su clima sano pero de sensibles cambios de temperatura que permiten «experimentar en un mismo día las diversas temperaturas de las cuatro estaciones de Europa». Respecto a la trama urbana, comenta que *“las calles son rectas casi todas, de diez varas de ancho y empedradas en su mayor parte las longitudinales y algunas transversales”*. (Febres-Cordero, T., 1960a: 42).

Beatriz Febres-Cordero (2003) señala que hasta finales del siglo XIX, a pesar de las modestas modificaciones en el ámbito arquitectónico¹² y urbano, la imagen de la ciudad mantuvo el carácter de provincia colonial¹³ de configuración particular. Es a partir de finales del siglo XIX cuando se destacan en la ciudad tímidos vestigios de modernización con la construcción y pavimentación de vías de comunicación y sutiles modificaciones urbano-arquitectónicas que buscaban el ‘embellecimiento’ de algunos espacios como plazas, edificaciones públicas y fachadas de edificaciones privadas de familias acomodadas. Como apunta en su obra Calderón, *“la modernidad en la fachada de las casas estaba asociada con vanos más grandes, utilización de azoteas como cubiertas y, fundamentalmente, dos pisos...”* (Calderón, 2005: 319)

En el recorrido de la ciudad se apreciaban sus largas calles, completamente edificadas de tapia y teja *“predominando en la construcción de las casas más espaciosas la forma interior de claustro, con patio hermoso¹⁴, plantado de bellos arbustos y preciosísimas flores”* (Febres-Cordero, T., 1960a: 42). Si se presta atención a las fachadas, se visualizan las casas en su mayoría de proporciones aplanadas¹⁵, con sus anchos portones de estilo colonial, encaladas sin color en sus muros, anchas y rojas puertas de postigo y celosías de finos calados en madera (Calderón, 2005). En el interior de esas edificaciones, se observa que *“los pavimentos son todos de ladrillo, pero ya el lujo y la comodidad van suavizando la dureza de este suelo, sobre todo en los salones, con empetatado o alfombrilla, para lo cual se ha usado... por su mayor duración, un tejido indígena de fique, especialidad del vecino pueblo del Morro...”* (Febres-Cordero, T., 1960a: 42-43).

Al parecer, los materiales “tapia” y “tejas”¹⁶ respondían a la urgencia por brindar *seguridad*: sus características de solidez y simplicidad las favorecían como tecnología severa y fuerte que intentaba resguardar a la población de esta zona sísmica. (Chalbaud Zerpa, 1985; Calderón, 2005). Esto se hace patente en los escritos de Don Tulio cuando dice *“respecto a la seguridad que brinden las tapias de tierra pisada, ...es un hecho que su mayor espesor y compactibilidad es garantía de firmeza...”* (Febres-Cordero, 1960b: 175). Otra interpretación la ofrece B. Celis (1994) al señalar que la tapia también fue signo de poder económico que se impuso frente al bahareque de resonancia indígena.

Continuando con la descripción de la ciudad, Tulio Febres-Cordero expresa que *“Mérida es triste: el aspecto general de la ciudad, erizada de campanarios y revestida de céspedes, el grave y perenne soliloquio de sus cuatro ríos. El silbo del viento en las vecinas playas, la música de los templos, todo contribuye a darle a Mérida, en las horas de quietud y*

recogimiento, ese tinte romántico que tanto cautiva los ánimos y exalta la imaginación del poeta". (Febres-Cordero, T., 1960a: 46) Estas imágenes también fueron compartidas por otros escritores contemporáneos a Febres-Cordero como Briceño-Iragorry (1919), quien en su *Mérida, la hermética* proyecta a la ciudad emeritense como silenciosa, desolada, llena de misterio nocturno y con olor a paz, y en su análisis crítico de la *Actuación del doctor Carbonell en Mérida* indica que éste "... Acostumbrado a vivir antes en amplios centros europeos, su espíritu no podía hallarse bien en la calma brahamánica de esta fría ciudad, triste y solitaria, magüer que esta misma calma haya influido indiscutiblemente en él haciéndole trabajar aún más, ya que en medios como éste se vive casi para el interior..." (Briceño-Iragorry, 1920: 246-247) Y es 'la calma' una característica de Mérida, notada no sólo por sus habitantes sino también por sus visitantes. En sus apuntes Goering (1962) habla de la percepción que tiene de esta ciudad como una de las más tranquilas del interior del país, y justifica su punto de vista describiendo las rutinas que observaba diariamente en la población: "*Habitualmente muy pocas personas se ven circulando por la ciudad y a las ocho de la noche todo parece estar sumido en el sueño... Salvo los días feriados, solamente los lunes reina algo de animación, motivada por el gran mercado que tiene lugar en la plaza de la catedral...*" (1962: 116)

Para dar una idea del corazón de la ciudad, don Tulio (1960a) habla acerca de la plaza mayor en cuyo centro existía una pila de piedra labrada. En torno a la plaza se encuentran la Catedral con su alta torre de mampostería, a cuyo lado se levanta el Palacio de la Curia Eclesiástica de 1885. También están el Palacio Municipal de 1883 y el edificio de la Cárcel Pública de 1847 que sirve al mismo tiempo de Cuartel. En la esquina norte de la plaza se sitúa el edificio de la Universidad de 1881. Como se puede apreciar, la plaza era el núcleo alrededor del cual se localizaban las principales sedes de los poderes del Gobierno y de la Iglesia.

Para el año 1906 en que comienza a desarrollarse *Retorno al Ayer* de Valera (1967), la ciudad emeritense aún mantiene su aire caballeresco, "*siempre envuelta en su manto de neblina, olorosa con la fragancia de las flores [...] refrescada con la brisa de la montaña y arrullada interrumpidamente por el rumor de los ríos, [...] de zócalos musgosos y calles empedradas con acequias en el centro, de campos alegres y acogedores [...] la universitaria y conventual, más dada a la vida contemplativa que a la fabril, conservadora y orgullosa de su procerato y linaje...*" (1967: 23)

Atendiendo las diversas descripciones dadas por propios y extraños se observa que la sociedad merideña prestaba mucha atención a los campos religioso, educativo, asistencial e industrial. El desarrollo de la ciudad había sido algo precario y lento. Sin embargo, desde décadas anteriores a las del período en estudio, las edificaciones destinadas a albergar las distintas actividades de la ciudad se hacían sentir. Por ejemplo, en el plano elaborado en el año 1856 por el Dr. Méndez, destacan algunas edificaciones o puntos notables de la ciudad tradicional: un Lazareto, el Hospital de la Caridad, el Palacio Episcopal, la Casa Municipal (Palacio de Gobierno), la Escuela pública, la sede del Seminario-Universidad y el monumento La Columna de Bolívar. (Chalbaud Zerpa, 1985)

Quizás el ámbito mejor dotado era el **religioso**. Para el año 1869 Antón Goering apuntaba que la ciudad de Mérida poseía nueve iglesias de entre las cuales sobresalía la Catedral en la plaza más importante (Goering, 1962). Por su parte, don Tulio Febres-Cordero (1960a) da detalles de los espacios religiosos más importantes de cada parroquia de la ciudad: en Sagrario, además de la Catedral se encontraban el Templo del Carmen y la Iglesia del Espejo situada al lado del Cementerio de San Rafael con su plazuela del mismo nombre; en la Parroquia de Arias o Belén estaba la Iglesia de Belén contigua a su cementerio y su plaza; en la parroquia de Milla estaban la Iglesia de Milla con su plaza muy extensa¹⁷ y el templo de San Francisco; la parroquia del Llano contaba con su iglesia parroquial frente a una plazuela y un templo dedicado a San José y Santa Teresa de Jesús.

Y es que la Iglesia ejercía sobre la población un poder extraordinario, reflejado en la ocupación de una extensión considerable del espacio físico urbano (sobre todo templos¹⁸ y conventos); en su indiscutida relación con la Universidad –foco de origen a través del Real Colegio Seminario de San Buenaventura desde 1778- y las diversas celebraciones festivas eclesíásticas que se celebran a lo largo del año con la participación de toda la comunidad, como alegremente lo describe Mariano Picón Salas en las primeras hojas de su *Viaje al Amanecer*. Y es que éste autor subraya el gusto por el culto que se reflejaba con las visitas de las damas merideñas a la Iglesia para orar, comulgar y confesarse desde tempranas horas de la mañana, como hacía su personaje Josefita.

Del ámbito **educativo** cabe mencionar que para 1892, la ciudad contaba con un Colegio Episcopal y otro adjunto de niños; tres colegios de niñas –el Colegio Nacional, el de San José y el de la Sacra Familia-, además de varias escuelas públicas y particulares. En su obra *Aspectos de la población urbana en Venezuela*, Vila (1974) comenta que antes de 1950 la enseñanza en el país era deficiente, por lo que si se buscaba una formación intelectual consistente debía recurrirse a planteles en Caracas, Mérida, Maracaibo e incluso fuera del territorio nacional (Colombia, Estados Unidos, Europa).

Y es que el estado Mérida, para el año 1938, contaba con doscientas cuarenta y tres escuelas de instrucción primaria, un liceo -el Liceo Libertador desde 1917-, la Escuela de Artes y Oficios creada en 1937 y la Universidad de Los Andes con tres facultades –Ciencias Políticas, Ciencias Médicas y Ciencias Físicas y Matemáticas- y dos Escuelas especiales -Farmacia y de Dentistería- (Febres-Cordero, T., 1960a). Pese a ello, para 1936 Rondón señala que “*aunque Mérida era sede de la segunda Universidad del país y son famosos los colegios de religiosos regentados por jesuitas y salesianos, sólo 33996 habitantes del Estado (18,98%) saben leer y escribir y 5550 (3,10%) apenas leer... 139576 (77,92%) son analfabetos...*” (Rondón, 1977: 28).

Por otra parte, las ideas progresistas se difundieron a través de un sinnúmero de publicaciones periódicas que indicaban el activo ambiente intelectual y de intercambio de ideas que tenía la ciudad de la época, en cuyo lento transcurrir la noción de ‘noticia’ giraba en torno a un tipo de información que permanecía de manera más prolongada como ‘actualidad’ y ‘novedad’ (Calderón, 2005: 68). Sin embargo, el desenfrenado crecimiento por el cultivo de las ciencias y de las artes desplegó para 1930 una notable preocupación en la sociedad por el hecho de que, a favor de carreras que ‘diesen valor y representación en la vida’, la

juventud veía con menosprecio los oficios rurales y urbanos desempeñados por los proletarios “...la población es poca para tanto doctor. No hay enfermos para tanto médico ni negocios judiciales para tanto abogado...En cambio tenemos tierras feraces, tenemos minas preciosas, bosques riquísimos en maderas y otros productos...” (Febres-Cordero, 1960b: 279)

En el campo **asistencial**, Mérida sólo contaba con el Hospital de Caridad en la parroquia Sagrario y el Hospital de Lázaros o Lazareto, que funcionó entre 1807 y 1907, al final de la parroquia de Arias. Para el año 1935, la ciudad contó además con el Hospital Los Andes en la parroquia del Llano, varios dispensarios y asilos para mendigos y huérfanos (Febres-Cordero, T., 1960a).

Ahora, resulta indispensable indagar el ámbito **comercial e industrial**. Para ello, es preciso mencionar que dentro de la característica estructura económica monoprodutora que históricamente ha mostrado el país, fue la región de Los Andes la que sobresalió gracias al cultivo y comercio del café a gran escala durante el período 1886-1940¹⁹. Por otro tanto, su producción estaba mayormente relacionada a la agricultura que se desarrollaba en el área andina desde la época colonial: los cultivos de cereales (trigo, cebada), hortalizas (papa, plátano, cebolla, yuca, apio), granos (cacao, caraota, frijol, garbanzo, maíz, café), frutas (badea), harina de trigo, tabaco y caña de azúcar entre otros (Moreno, 1986). De hecho, para el año 1941 aproximadamente el 70% de la población del estado Mérida trabajaba aún en la agricultura (Rondón, 1977). En función de esto, se observa que casi todas las pequeñas industrias y comercios se relacionan al procesamiento y comercialización de los productos agrícolas y pecuarios, sin dejar atrás otras actividades y fuentes de trabajo.

Al respecto, Tulio Febres-Cordero (1960a) señala que en la ciudad habían sido exitosas las fábricas de alfombras²⁰, tejidos de algodón y lana²¹ y fabricación de velas con sebo vegetal o incinillo, situación que para comienzos del siglo XX ya había decaído para dar paso a otras actividades industriales²² como:

- a) producción del gusano de seda, cuya producción a pequeña escala fue introducida desde 1847 por el Sr. Juan de Dios Picón. En la década de 1880 se elaboraban medias, franelas, cobertores y frazadas.
- b) fabricación de cerveza del reconocido farmaceuta P. H. G. Bourgoïn en 1886.
- c) fabricación de fideos del Sr. Fortunato Frávega en 1889.
- d) fabricación de mosaicos y piezas arquitectónicas del Sr. Arístides Parilli en 1903.
- e) fabricación de velas esteáricas del Sr. Pedro Troconis en 1894.
- f) aserradero mecánico del Sr. Pablo Picón en 1903.
- g) compañía de molinos de trigo del Sr. Salas Carnevali en 1908.
- h) varias industrias de sombreros de jipijapa en 1908.
- i) industria de la confitería, sobre todo de bocadillos de cajita, dulces brillantados y confites comunes.
- j) fabricación de jabón amarillo de los Sres. Pablo A. Picón y Gabriel Parra Picón, a principios del siglo XX.
- k) panadería como industria doméstica, con hornos para amasijos en número que sobrepasaba los de 100 en 1891.

Una visión más amplia de los orígenes de los productos a los que el emeritense tenía acceso demuestra que para 1897 el estado Mérida contaba con 14 telares de tejidos de fique para la fabricación de cabuyas, costales, suelas de alpargatas (Febres-Cordero, T., 1960a), a lo cual se añade lo señalado por Moreno (1986) al anotar que para la década de los años 1920 en el Edo. Mérida existían 100 molinos de trigo, 25 destilerías de agua ardiente, 20 tenerías, 90 telares de cobijas de lana y algodón, 3 fábricas de velas esteáricas, 10 fábricas de fideos, 8 aserraderos y 4 fábricas de tabaco y chimó. Pero tal visión no estaría completa sin hablar de lo que Tulio Febres-Cordero llamó «manufacturas rurales» además de la industria agrícola y de crías: “1° Alfarería, en objetos de barro cocido como ollas, tinajas, budares, cazuelas, múcuras, gachas, jarrones, etc. 2° La mimbrería, en cestos y canastas de varias clases. 3° Utensilios de mallas finas y gruesas. 5° La cerda, de la cual hacen cabestros y cinchas. 6° Sombreros de paja, llamados de vena. 7° Escobas ordinarias de paja; 8° El beneficio del totumo y del taparo en diversas vasijas.” (Febres-Cordero, 1960a: 79). Don Tulio (1960b) además señala que a pesar de que el hierro se importaba en lingotes y cabilla, los herreros forjaban todas las herramientas para la agricultura y artes comunes, incluyendo clavos para edificaciones y en fabricación de muebles.

En lo que a espacios de comercio se refiere, la ciudad tenía su Mercado Público semanalmente en la plaza principal. Para 1886 ya se contaba con un edificio de piezas y galerías destinado a tal fin, ubicado en la parroquia Sagrario sobre parte del área que ocupó el extinto Convento de Monjas Clarisas (Febres-Cordero, T., 1960a). Los demás espacios destinados a comercio estaban vinculados al uso residencial (tipología casa-comercio) destinando el frente de la casa al mismo (Calderón, 2005). En las crónicas y novelas cobran mayor importancia los siguientes ramos:

Boticas y farmacias

Es interesante observar como junto a los frutos del progreso científico que se hacía sentir en la sociedad merideña, nunca se dejó de convivir con las prácticas de la medicina tradicional, cuyos representantes eran admirados por personajes como el eminente farmacéuta Dr. Girard que tenía su farmacia y laboratorio junto a su casa: “los yerbateros que bajaban de las montañas vecinas...los sobanderos que reducían las fracturas y las comadronas eran médicos en la acepción más alta del vocablo...” (Rangel, 1987: 51)

Pulperías, bodegas y tiendas

Estos espacios eran un importante foco de intercambio socio-económico para la ciudad. Se tienen así ejemplos como el establecimiento “La Primavera” de Alfonso Ribera, situado en la Plaza del Llano, donde se llevaba a cabo el engranaje económico entre el agricultor nativo y el comerciante internacional, al tiempo que se ofrecía a la población toda clase de productos extranjeros, “una especie de compendiada de Naciones Unidas en las fuerzas de sus excedentes de producción, eran, en realidad, aquellos negocios mixtos, cuya potencialidad adquisitiva aumentaba en razón del crédito que les tenían abierto el comercio de Maracaibo...” (Briceño-Iragorry, 1957: 13)

Por otro lado, devela los puntos de origen a través de los cuales se surtía con toda clase de artículos a los pobladores comunes, desde los productos nativos de las poblaciones cercanas hasta los artículos importados que venían desde Maracaibo, a la vez que se evidencian sus modos de ‘intercambio’: *“La savia económica de la nación se movía a través de un proceso de ida y retorno –de curso e ricorso- cuyo punto de coincidencia era el establecimiento, donde el agricultor retiraba durante el año telas, abrigos, calzado, sombreros, herrajes, utillaje de labranza, víveres y demás artículos necesarios para el mantenimiento de la casa y de la hacienda. Al fin de la cosecha, el agricultor entregaba al comerciante su café...”* (Briceño-Iragorry, 1957: 13-14)

Los lugares y actividades de ‘esparcimiento’

En la ciudad existían lugares ‘públicos’ y ‘privados’ para disfrutar del tiempo libre. Cerca de la ciudad habían dos lagunetas muy frecuentadas por los merideños del siglo XIX: La «Laguna del Viso» que se situaba en el Cerro de Las Flores (la Otrabanda) y la llamada «Laguneta» en las afueras de Milla (la Vuelta de Lola) que se caracterizaba por ser *“uno de los paseos dominicales predilectos de los merideños del siglo pasado que allí se dirigían a gozar de los encantos de la naturaleza...”* (Chalbaud Cardona, 1958: 19-20)

Otra actividad importante eran los paseos a caballo por paisajes naturales y por las plazas de la ciudad, que como lo ilustra Briceño-Iragorry (1957), a pesar de que comenzaba a llegar automóviles, la gente no perdía la costumbre de los paseos vespertinos a caballo, dado que los señores se empeñaban en lucir finas y hermosas caballerías y las señoras sus buenas y mansas mulas para el continuo traslado a sus haciendas aledañas.

Los merideños también disfrutaron desde 1904 de proyecciones cinematográficas en el Salón de la Universidad y de obras teatrales representadas en las galerías claustradas de las casas coloniales ciudadanas –en especial el teatro de la casa del Dr. Pedro de Jesús Godoy hasta fines del siglo XIX-, en el gran Salón de la Universidad, en el Teatro Aurora construido en 1932 y en el Teatro Rex de 1938. Se contaba además con tres clubes sociales: el Club Mérida de caballeros en 1922, el Centro Social Femenino “Luisa Cáceres” y el Country Club de 1939 cuyo edificio en el Llano Grande, frente al Estadio Mérida de 1935, fue terminado en 1940. (Febres-Cordero, T., 1960a). También son comentadas las famosas serenatas en las esquinas o en las ventanas de las enamoradas, quienes en respuesta lanzaban ramitos de flores aromatizadas que perduraban varios días en las aceras empedradas (Varela, 1967)

Estaba el famoso “Cuatro Piedras”, ‘refugio espiritual de los merideños’ y sede de la «aristocracia popular integrada por dignísimas representantes del más antiguo oficio que conoció la humanidad». Algunos autores comentan que en su época fue *“uno de los lugares más populares y concurridos de la Mérida de antaño. Ubicado en la antigua calle de Los Baños, hoy Avenida Uno, al borde del rumoroso, histórico y pintoresco Río Albarregas, era el sitio obligado ‘toque técnico’ en una remota época en que la entonces eventual Ciudad de Los Caballeros no se conocían las antiguas discotecas ni los clubs nocturnos...”* (Henriquez, 1991: 83) Este lugar era toda una institución en la cual se reunían caballeros de

la juventud estudiosa, miembros de la alta jerarquía universitaria, comercial e industrial de la ciudad, para romper con la calma y silencio de la urbe tranquila y soñolienta.

En cuanto al suministro de SERVICIOS, la Mérida de los últimos decenios del siglo XIX contaba con algunos símbolos de adelanto y civilización detectados en las imágenes de propios y extraños. Pero el proceso fue lento y marcado por algunas penurias. Y es que la 'entrada de la modernidad' a la ciudad de Mérida implicó una labor titánica, ya que el aislamiento geográfico de la ciudad hacía muy difícil el traslado de equipos, su montaje y puesta en funcionamiento.

El servicio telefónico

Aparentemente los primeros adelantos de modernidad se manifestaron en las telecomunicaciones con la inauguración del servicio telegráfico en 1881 y en 1897 el establecimiento de la primera empresa telefónica de la ciudad, propiedad de los Sres. Víctor Carnevali y Sebastián Allegrett. Sin embargo, para 1913 el Distrito Libertador sólo contaba con 73 aparatos, algo que demuestra que *"en la ciudad prevalecía el contacto directo o la palabra escrita como formas de comunicación en la vida pública y en las relaciones interpersonales"* (Calderón, 2005: 207)

A su vez, se puede decir que en Mérida la costumbre era no sólo el contacto directo entre las personas -práctica que tomaba pausa durante tempranas horas de la noche, ya que después de las 8 p.m. todos los pobladores debían estar en sus casas como signo de decencia y recato-, sino también estaba presente el contacto 'indirecto', cuyo punto de 'encuentro' eran las ventanas de las casas. Y es que las mujeres, sentadas en el poyo de la ventana y protegidas por la celosía, escuchaban las conversaciones de los transeúntes por *"la vieja costumbre de charlar en las aceras, a la cual obedecían los habitantes de la ciudad"*. (Rangel, 1987: 27)

El alumbrado eléctrico

La ciudad de Mérida era alumbrada por faroles de querosén hasta que se estableció en 1895 la Compañía de Alumbrado Eléctrico del Sr. Caracciolo Parra Picón. Sin embargo, la luz eléctrica se hizo presente en 1898 pero con una tarifa muy costosa para el pueblo... *"el alumbrado eléctrico era un lujo y, en consecuencia, no traería consigo el adelanto, la comodidad y la economía al alcance de la mayoría"* (Calderón, 2005: 217). Su traída fue una labor titánica que a muchos llenó de orgullo: *"Sorprendió entonces que Mérida, con tantas dificultades para el transporte, se adelantara en este progreso a otras ciudades de Venezuela más capaces para lograrlo"* (Febres-Cordero, T., 1960a: 72)

El mobiliario urbano,

Encargado a Estados Unidos en 1895, a través de un renombrado comerciante merideño. (Calderón, 2005)

El acueducto

Decretado en 1904 y cuya obra había culminado en 1907.

Tulio Febres-Cordero (1960a) indica que desde la fundación de la ciudad, ésta se servía del agua del río Milla, surtiendo la población mediante cañerías y tubos deficientes. Esta situación mejoró en 1907 con la inauguración del Acueducto que trabajaría con agua del río Albarregas. Pero la red de tubos extendida por la población y las mejoras del Acueducto fueron realizadas entre 1931-1932. Calderón (2005) lo deja claro al indicar que los trabajos vinculados al agua de la ciudad fueron solo medidas paliativas de prevención y conservación de la corriente del río Albarregas que llegaba a la ciudad atravesando campos a cielo abierto a través de acequias, mientras que el sistema de abastecimiento se mejoraría hacia la década de 1930 y la construcción de cloacas en la década de 1940.

El servicio de correo

La ciudad contaba con este servicio desde 1751 (Febres-Cordero, T., 1960a) y era muy efectivo durante el período en estudio. Bastaría contar las múltiples veces que mujeres merideñas que protagonizaban novelas, como Laura en Varela (1967), mantienen una activa comunicación por cartas con sus prometidos en otras ciudades del país. Muchas veces el correo de ultramar permitía que los selectos suscriptores merideños pudiesen soñar un poco, ya que, como cuenta Picón Salas (1993), un viaje a Europa a finales de la era decimonónica era una aventura riesgosa desde esta ciudad por su marcado aislamiento geográfico. Esa pequeña élite se encaminaba en largos y ricos viajes imaginarios a través de postales, revistas, periódicos, libros y cartas.

Vías y medios de comunicación

Para el lapso 1880-1940, Moreno (1986) comenta que el Estado de Los Andes -y por ende la ciudad de Mérida- contaba con *vías de comunicación terrestres* (las calles empedradas que se trazaron en el ámbito urbano desde la Colonia y los antiguos caminos de recuas, la vía férrea que se construyó entre 1886-1919, carreteras como la Trasandina de 1926) y *vías de comunicación fluviales*, con acceso a varios puertos fluviales que reflejaban la amplia interacción sobre todo entre el estado Mérida y el Lago de Maracaibo.

Para el recorrido de las vías terrestres se contaba con el ferrocarril desde 1893 –entre Santa Bárbara y El Vigía-; el transporte caballar y mular -casi el único y más popular hasta finales de la década de 1910- y por último el automóvil²³ con lo cual, según Rangel (1987) «entraba la civilización mecánica a la ciudad». Existen varias obras que atestiguan el uso predominante del transporte animal. Así, se tiene a Chalbaud Cardona (1958), quien señala que P. H. G. Bourgoïn llegó a Mérida en el año 1959 en mula, o como T. Febres-Cordero (1960a) menciona la traída de algunos adelantos tecnológicos a la ciudad como el órgano de la Catedral, traído desde París en 1865 y desarmado lo más posible para colocarlo en grandes bultos en el puerto de Arenales, de modo que llegase a Mérida con mulas o bueyes en el año 1876.

Respecto a las calles de la ciudad, se puede decir que algunos autores las rememoran con gran cariño. Entre ellos destaca Bernardo Celis P. cuando indica que como toda ciudad fría, sus calles eran más anchas y “bellamente tupidas en canto rodado que semejaba un estero de contornos redondos con incrustaciones verdes...” (Celis P., 1994: 29-30). Esos mismos empedrados también servían para reforzar la puntualidad gracias al paso de caballos y personas: “*el pasitrote de la mula del Rector que arrancaba las piedras de la calle una suave sonata a las ocho de la mañana... [y el] ruido acompasado repercutía en todas las paredes...*” (Rangel, 1987: 13). Sin embargo, no todos los recuerdos son agradables. Pareciera que las calles de los últimos años del siglo XIX venían sufriendo las consecuencias de las guerras y pobreza municipal: “*no había como limpiar las acequias que bajaban por el centro de las calles [...] el rebosamiento de las aguas, ayudado por las lluvias diarias, lanzaba un espeso limo al empedrado*” de las calles sucias y hediondas (Rangel, 1987: 14). Al mismo tiempo, los empedrados causaron problemas a los primeros automóviles que entraban a recorrer la ciudad “*el automóvil iría arrojar sobre los vecindarios de la ciudad la tarea de rescatarlo de los pequeños baches que entre piedras convertían a las calles en una interminable trampa...*” (Rangel, 1987: 161)

2. La ciudad y su gente

Los datos poblacionales ofrecidos por estudiosos como Vila (1976) y Moreno (1986), basados a su vez en los «Censos Generales de Población» realizados por el Estado venezolano durante el período en estudio, muestran un lento aumento del crecimiento de la población de la ciudad merideña como se puede apreciar en la siguiente tabla:

DISTRITO LIBERTADOR	1881	1925	1936	1941
Municipio Sagrario	No se tienen datos del censo.	3525 hab.	5651 hab.	7245 hab.
Municipio Milla		3286 hab.	5172 hab.	6253 hab.
Municipio El Llano		4350 hab.	7031 hab.	8719 hab.
Municipio Arias		No se tienen datos.	4010 hab.	4314 hab.
<i>Total para la 'ciudad'</i>	4741 hab. ²⁴	11161 hab.	21864 hab.	26531 hab.

TABLA 1. Cantidad de habitantes en la ciudad de Mérida en sus cuatro parroquias centrales.

Fuente: Elaborada por la autora con datos suministrados por la obra de Amado Moreno, *Espacio y Sociedad en el Estado Mérida*, pp. 165-167, la obra de Jesús Rondón Nucete, *Acontecer de Mérida 1936-1958*, p. 125 y de la obra de Marco Aurelio Vila, *Aspectos de la población urbana en Venezuela*, p.39.

Tales aumentos de población se debieron a varias causas. Varios autores coinciden en atribuirlo a los cambios generados a raíz del proceso y comercialización cafetalera, a la apertura y mejoramiento de las vías de comunicación –especialmente la Carretera Trasandina- y a la activa vida universitaria. Obviamente, todo este crecimiento fue acompañado por cambios físicos en la trama urbana, ayudando a extender los límites del antiguo casco urbano y abriendo oportunidades para zonas aledañas a los centros que para entonces liderizaban en la actividad productiva agrícola: Tovar, Santa Cruz de Mora, Zea, La Azulita, entre otras áreas. (Rondón, 1977; Moreno, 1986)

3. Sus objetos cotidianos

La población de Mérida se constituía por una cantidad notable de familias criollas –descendientes de españoles- entre las que se destacó un grupo oligárquico poseedor de gran parte de las tierras (rurales y urbanas) que ejercieron control directo o indirecto sobre los poderes políticos, eclesiásticos e intelectuales (especialmente la Universidad y los medios de comunicación impresa). No sólo poseían el poder económico, sino que también pertenecían a la «godarría», representada por personajes como la familia Ribera de Mario Briceño-Iragorry y Flavia Candales y Laura Rosa en *Guerras y Amores bajo la Sierra Nevada*: gente que los estudiantes veían como la «tapiza social más retrógrada» (Rangel, 1987). Esto es un rasgo típico de lo que Romero adjudica a las «sociedades estancadas o dormidas», en las cuales la permanencia intacta de su trazado urbano y su arquitectura no es un aspecto tan llamativo como la perduración de sus sociedades. “*De hecho, se conservaban en ellas los viejos linajes y los grupos populares tal como se habían constituido en los lejanos tiempos coloniales...*” (Romero, 1976: 259).

Respecto a los objetos a los que el merideño estaba acostumbrado, Varela (1967) realza la capacidad del andino para fabricar los útiles necesarios para la vida diaria: “*La verdad es que los montañeses de juro están obligados a fabricar sus propios utensilios. Lo que no puede sustituirse hay que hacerlo llegar a su destino con grandes dificultades, de modo que los bultos y maquinaria de peso excesivo, de acarreo imposible a lomo de mula, es necesario transportarlo en rastras*” (1967: 34) y recuerda verazmente la ardua tarea ejecutada por don Caracciolo Parra Picón cuando trajo la primera planta eléctrica.

Habían objetos que tenían un valor material y en cierta forma sentimental, para los cuales “*La casa era el santuario..., la querencia de muchos para quienes estos artefactos eran como reliquias de un pasado glorioso.*” (Calderón, 2005: 321). Al respecto, Briceño-Iragorry (1957) hace mención sobre las alfombras y finas vajillas de las casas de familias económicamente superiores. Es significativo las alusiones que escritores como Picón Salas (1993) a través de Josefita y Rangel (1987) con sus Lauras realizan sobre la manera casi heroica en que esas mujeres hacían hasta lo imposible por esconder, durante las revueltas de las guerras civiles, sus vajillas de oro y plata heredadas de sus antepasados coloniales, y con que orgullo las utilizaban en festividades y agasajos importantes.

De acuerdo al historiador Carlos Chalbaud Zerpa (1985), entre los tesoros del hogar merideño también se encontraban las máquinas de coser y los pianos²⁵. Calderón (2005) amplía este panorama al comentar que “*... la ciudad parecía más vital en términos de la vida social y de los objetos que servían de marco a la vida familiar. Eran tiempos en los que se bailaban las danzas de moda aprendidas en Bogotá; las casas lucían lo más selecto de sus artículos utilitarios, ricas vajillas eran el complemento indispensable de comidas preparadas con esmero para festejar y compartir. Se hacía gala de muebles fabricados con materiales nobles y pesadas formas; las ricas piezas de mobiliario estaban tapizadas en color oscuro o con la clásica combinación de rojos que, en Mérida, era sinónimo de nobleza hidalga. En 1920 muchas cosas estaban variando y ese cambio se notaba en el mobiliario de las casas; muebles más modernos, líneas ligeras y colores claros habían*

reemplazado los pesados brocados, los tonos oscuros y la sobriedad de los viejos tiempos...” (Calderón, 2005: 327)

Briceño-Iragorry, en su obra *Tapices de Historia Patria* (1934) incluso asoma el evidente fenómeno que se desarrollaba a principios del siglo XX, relacionado al súbito ‘sentimentalismo colonial’ entre las clases cultas del país y el cual se manifestaba a través de una devoción por las antigüedades, las lujosas mansiones donde lucían con orgullo sus piezas de mobiliario de ‘legítima procedencia colonial’, además de apelar reiteradamente en la historia de sus genealogías de origen europeo.

Ahora, entre los pocos objetos más queridos por las clases sociales de menos recursos, se encontraba la llamada *silla de suela* que Don Tulio (1960b) comenta desempeñaba un papel importantísimo en la economía doméstica (se utilizaba como escalera, andamio, banco). Además, se consideraba como «el mueble más durable» y asiento predilecto en colegios, en el campo y en la ciudad. La calificaba de ‘silla del pueblo o del pobre’, mientras que los ricos se acomodaban en doradas poltronas con cojines de seda.

Las frecuentes expediciones a la Sierra Nevada, permitieron un surgimiento de nítidas descripciones del sinnúmero de viajeros que visitaron Mérida durante los siglos XIX y XX y que posteriormente fueron en gran parte recogidas por el Dr. Carlos Chalbaud Cardona (1958). En dichas descripciones se evidencia la popularidad que suscitaban una cantidad de artículos comestibles importados (cervezas alemanas, conservas europeas) y artículos locales (quesos, conservas, dulces, aguardiente de caña y el famoso ron). Citando a Sievers, Chalbaud Cardona apunta que todos los artículos que llevaría el excursionista estuvo “*envuelto en las así llamadas petacas, significando éstas dos armarios alargados, a menudo también ovalados, que caben perfectamente una en otra y son fabricados de madera o de pieles. Son de uso muy frecuente en la Cordillera, siendo preferidas a las maletas, a raíz de su mayor adaptabilidad al cuerpo de la mula*”. (Sievers en Chalbaud Cardona, 1958: 85)

Al parecer, los objetos de ‘tecnología’ llegaban a Mérida gracias a los empresarios viajeros. Por ejemplo, en 1893 llegan dos *fonógrafos*, el *cinematógrafo* en 1904 y con el farmacéuta Dr. P. H. G. Bourgoin llega a Mérida el primer microscopio (Chalbaud Cardona, 1958). Esos objetos también eran introducidos por personas merideñas que regresaban de viajes a París, Madrid o Londres –antes que ir a la capital de la República (Briceño-Iragorry, 1957). Dentro de esta modalidad se podrían mencionar los instrumentos *fotográficos* traídos de París para la Galería Fotográfica de 1878 de los Sres. Caracciolo y Gabriel Parra Picón; la *máquina de coser* de pedal introducida por el Dr. Eusebio Baptista y las máquinas de cocer de mano en 1873; la *máquina de escribir* en 1888 traída por el Sr. Ulises Anselmi; el *órgano* de la Catedral de Mérida traído de París en 1865 gracias a los esfuerzos de Mons. Zerpa, Dr. Foción Febres-Cordero y Antonio Ignacio Picón; el primer *radio* traído en 1926 por los Sres. Enrique y José Dávila Uzcátegui; la primera *impresora* traída en 1845 por el Sr. Francisco Uzcátegui y la *maquinaria para fabricar velas esteáricas* transportada por el Sr. Pedro Troconis en 1894, entre otros.

Recuérdese que por el aislamiento de la ciudad, la traída de muchos de estos objetos era costosa: si eran voluminosos, debían venir desarmados transportándose arrastrados por mulas, bueyes y a veces por hombres (como ocurrió con algunos instrumentos musicales como órganos, pianos, etc.). Pero pese a esos problemas, la sociedad pudiente de la ciudad no se privaba por ello de disfrutar de los lujos y comodidades. Esto lo hace explícito Briceño-Iragorry en su obra *Los Ribera*, cuando relata que “*en las casas de la gente acomodada lucían pianos, alfombras, espejos, vajillas de finísima calidad, compradas directamente en Europa por los pudientes señores, a quienes agradaba visitar a París, Madrid o Londres, antes que a la capital de la República. Tardó el paso de la acémila, que en tres días comunicaba a la ciudad con la más próxima estación ferroviaria, no era, en cambio, óbice para que a Mérida llegasen muchas veces los libros de Europa primero que a Caracas...*” (Briceño-Iragorry, 1957: 15-16)

Ya para la década de 1920 comienza a notarse los esfuerzos de algunos sectores de la sociedad emeritense para tratar de volver a ‘lo propio’. La Arq. Febres-Cordero comenta que “*Debido a una tendencia conservadora, la ciudad tendrá otra imagen de gran raigambre que implica un apego a los valores tradicionales. Esta imagen, empero, permite la definición de una conciencia propia en torno a lo nacional, razón por la cual hubo inicialmente cierta desconfianza y rechazo en la aceptación del influjo de los ideales culturales extranjeros y, particularmente, los de la cultura norteamericana*” (Febres-Cordero, B., 2003: 86)

Esta visión también se evidencia en escritos de don Tulio Febres-Cordero durante la época, como aquel titulado *Necesidad de cultura propia que neutralice la extranjera* de 1926, en el cual expone “*Magíster dixit es nuestro único lema cultural. Y es tan honda esta sujeción en los individuos y colectividades, que, con pocas excepciones, cuando se quiere hacer seguir en los usos o en la expectación pública algo muy nuestro, algo propio, algo verdaderamente nacional, dentro de la órbita luminosa de la cultura y del progreso, óptase por desnaturalizar, hasta donde sea posible, ese algo genuinamente propio, dándole, aunque sea en apariencia, algún toque o barniz de extranjerismo, a efecto de asegurar su aceptación por parte de la flor y nata de la sociedad*” (Febres-Cordero, T., 1960b: 261)

Fue entonces de esta manera complicada y confusa que la tradicional ciudad de techos rojos, vistosas torres eclesiásticas, de pequeño perímetro urbano y su gente de apacibles y modosos hábitos comenzaron a dar entrada a la modernidad, asociándola al lujo, la riqueza, la comodidad y la buena lectura.

Conclusiones

Como se puede apreciar, las descripciones dadas hasta el momento refuerzan una imagen algo contradictoria de la ciudad de fines de siglo XIX y principios del siglo XX, mostrando así aspectos clave de esa etapa de transición entre tradición y modernidad, cargada si se quiere de un ‘lento dinamismo’ en la cual la vida pausada de la población conservadora y tradicional se mezclaba con la euforia de sus ‘grandes recursos de civilización’. Así, luego del panorama representado y el análisis de las principales obras de importantes actores de la vida literaria merideña, se podría decir que por lo menos la ciudad emeritense de la década

de 1920 quedaría catalogada bajo ciudades que J. Romero recalca “...conservaron su ambiente provinciano... [y] quedaron al margen de la modernización. No cambiaron cuando otras cambiaban, y esa circunstancia les prestó el aire de ciudades estancadas. Muchas de ellas lograron, sin embargo, mantener el ritmo de su actividad mercantil al menos dentro de su área de influencia, pero mantuvieron también su estilo de vida tradicional sin que se acelerara su ritmo. Las calles y las plazas conservaron su paz, la arquitectura su modalidad tradicional, las formas de convivencia sus normas y sus reglas acostumbradas...” (Romero, 1976: 257) Fue a partir de ese momento y lentamente hasta llegar a 1940 que la ciudad comienza a mutar.

Sin embargo, queda fuertemente enclavada en su constante relación campo-ciudad. La vida del ciudadano estaba siempre ligada al campo que lo sustentaba y a su hacienda, así viviese en la ciudad. Recuérdese que la mayor parte de la población hasta incluso finales de la década de 1930 era de carácter rural (su fuente de trabajo estaba en el campo), por lo cual debía mantenerse en continuo contacto entre la casa de la ciudad y la del campo. Por otro lado, como lo muestra Alfonso Ribera “Había un efectivo intercambio entre las actividades del gran mundo y la vida del campo. Poseer y trabajar tierras era título de distinción, ya que en dicha realidad descansaba el sistema sobre el cual asentaban los derechos del viejo señorío...” (Briceño-Iragorry, 1957: 53)

Se evidencia un progreso que se manifestaba solo en el ‘exterior’, por lo que podría decirse que los objetos cotidianos eran una especie de símbolos de estatus económico y social. Se veneraban tanto los objetos tradicionales como los de mayor tecnología (los ‘modernos’) en una especie de ciclo en el cual de lo moderno se volvía a lo tradicional, demostrando con ello que lo que realmente importaba era la *tradición*, aquellos «valores sutiles, imponderables que dan fisonomía diferencial a los pueblos» (Briceño-Iragorry, 1952a: 218), sus valores geográficos, históricos, morales y espirituales. Valores que la sociedad merideña logró representar con gran ímpetu en su ciudad, obra colectiva que quedó dibujada en los imaginarios de la época estudiada. Como explica el ensayo *El sentido de la tradición*, “Los valores recientes que producen las colectividades, son tanto más firmes y durables cuanto mayor sea la fuerza de los viejos símbolos que en ellos se transfiguran y con los cuales se hace el cotejo de su mérito en el balance de la cultura” (Briceño-Iragorry, 1952b: 303)

De hecho, el sentido de arraigo podría verse como un síntoma del proceso de modernización, al concebir la tradición como elemento portador de historia, de patrimonio, de lo propio, que se manifiesta en esa nostalgia por el pasado que lucha contra los cambios profundos que sufrirán tanto la ciudad como su gente. Se ve entonces a la tradición no como antagonista a la modernidad, sino como una parte indispensable de ella. Tradición y Modernidad se identifican como punto de partida y de llegada para el progreso social y cultural, de modo que «no hay progreso sin tradición, ni tradición verdadera sin progreso» (Briceño-Iragorry, 1934: 211)

Ya para culminar, se presenta una imagen bastante completa de la ciudad de Mérida de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, ofrecida por el periodista y escritor towareño Rigoberto Henríquez Vera: “...La ciudad amable, la Mérida risueña, hospitalaria

y culta; la ciudad austera en sus costumbres, de ambiente colonial, aislada en su maravillosa geografía; ciudad triste, propicia para la quietud y el recogimiento, pequeña en sus contornos urbanos, apretujada amorosamente entre sus cuatro ríos milenarios... con ...sus multiplicados templos coloniales, de cuyas empinadas torres blancas el repique de sus campanas se confundían en los fríos atardeceres con los cánticos litúrgicos, rompiendo el neblinoso silencio de la adormecida urbe, como para recordarle a los devotos habitantes que se vive en una comunidad eminentemente bucólica, rigurosamente apejada a sus tradiciones y a su hidalguía secular” (1991: 109)

Referencias bibliográficas

Abercrombie, Nicholas; Hill, Stephen y Turner, Bryan (1994) *Dictionary of Sociology*. Londres, Inglaterra: Penguin Books. 3ª edición.

Ferrater Mora, José (1999) *Diccionario de Filosofía*. Tomos K-P y Q-Z. Barcelona, España: Ariel.

Gómez de Silva, Guido (1988) *Breve diccionario etimológico de la lengua española*. México: Fondo de Cultura Económica.

Fuentes primarias

Briceño-Iragorry, Mario (1919) *Mérida, la hermética*. En: Briceño-Iragorry, Mario (1991) *Obras completas. Obra Literaria II (Primeras páginas)*. Vol. 13. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, pp. 230-233.

Briceño-Iragorry, Mario (1920) *La actuación del doctor Carbonell en Mérida*. En: Briceño-Iragorry, Mario (1991) *Obras completas. Obra Literaria II (Primeras páginas)*. Vol. 13. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, pp. 243-252.

Briceño-Iragorry, Mario (1934) *Tapices de Historia Patria. Esquema de una morfología de la cultura colonial*. En: Briceño-Iragorry, Mario (1989) *Obras completas. Doctrina Historiográfica*. Vol. 4. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, pp. 181-207.

Briceño-Iragorry, Mario (1952a) *Introducción y defensa de nuestra historia*. En: Briceño-Iragorry, Mario (1989) *Obras completas. Doctrina Historiográfica*. Vol. 4. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, pp. 218-220.

Briceño-Iragorry, Mario (1952b) *El sentido de la tradición*. En: Briceño-Iragorry, Mario (1989) *Obras completas. Doctrina Historiográfica*. Vol. 4. Caracas: Ediciones del Congreso de la República, pp. 299-316.

Briceño-Iragorry, Mario (1957) *Los Ribera*. En: Briceño-Iragorry, Mario (1991) *Obras Completas. Obra literaria I (Narrativa)*. Vol. 12. Caracas, Venezuela: Ediciones del Congreso de la República. 576 pp.

Febres-Cordero, Tulio (1960a) *Obras completas. Clave Histórica de Mérida. Documentos para la Historia del Zulia en la época colonial*. Tomo IV. Mérida, Venezuela: Antares LTDA. Edición conmemorativa. La obra *Clave Histórica de Mérida* fue publicada originalmente en el año 1938.

Febres-Cordero, Tulio (1960b) *Obras completas. Archivo de historia y variedades*. Tomo III. Mérida, Venezuela: Antares LTDA. Edición conmemorativa.

Goering, Antón (1962) *Venezuela, el más bello país tropical*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.

Henriquez Vera, Rigoberto (1991) *Crónicas del Coronel Cerrada*. Mérida, Venezuela: Editorial Venezolana, C. A.

Picón Salas, Mariano (1993) *Viaje al amanecer*. Mérida: Solar.

Rangel, Domingo Alberto (1987) *Guerras y Amores bajo la Sierra Nevada*. San Cristóbal, Venezuela: Editorial Venezolana, C. A.

Varela, José Ignacio (1967) *Retorno al Ayer. Notas autobiográficas*. Caracas, Venezuela: Arte.

Bibliografía de apoyo

Almandoz, Arturo (2002) *La ciudad en el imaginario venezolano. Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos*. Caracas, Venezuela: Fundación para la Cultura Urbana.

Almandoz, Arturo (2004a) *Nueva historia y representación urbana. A la búsqueda de un corpus*. En: RELEA, N° 20, 2004, pp. 55-92.

Almandoz, Arturo (2004b) *La ciudad en el imaginario venezolano II. De 1936 a los pequeños seres*. Caracas, Venezuela: Fundación para la Cultura Urbana.

Bermudez Bríñez, Nilda (2001) *Vivir en Maracaibo en el siglo XIX*. Maracaibo, Venezuela: Colección V Centenario del Lago de Maracaibo.

Breese, Gerald (1968) *La urbanización en los países de desarrollo reciente*. México: Unión Tipográfica Editorial Hispano Americana.

Calderón Trejo, Eligia (2005) *Imágenes e imaginarios urbanos de Mérida (1870-1920). Una interpretación de la ciudad como proceso histórico-cultural*. Caracas: Universidad Central de Venezuela. Tesis doctoral en Historia no publicada.

Celis Parra, Bernardo (1994) *Mérida Ciudad de Águilas*. Caracas, Venezuela: Exlibris. Tomos I y II.

Chalbaud Cardona, Carlos (1958) *Expediciones a la Sierra Nevada de Mérida*. Caracas, Venezuela: Paraguachoa.

Chalbaud Zerpa, Carlos (1985) *Historia de Mérida*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.

Febres-Cordero, Beatriz (2003) *La arquitectura moderna en Mérida 1950-1959*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.

Hurtado Salazar, Samuel (2000) *Elite venezolana y proyecto de modernidad*. Caracas: La Espada Rota. Ediciones del Rectorado y Vice-Rectorado Administrativo de la Universidad Central de Venezuela.

Moreno Pérez, Amado (1986) *Espacio y sociedad en el Estado Mérida*. Mérida, Venezuela: Universidad de Los Andes.

Romero, José Luis (1976) *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*. México: Siglo XXI. 2^{da} edición.

Rondón Nucete, Jesús (1984) *Mérida – Venezuela*. Mérida, Venezuela: Dirección de Turismo del Estado Mérida.

Rondón Nucete, Jesús (1977) *Acontecer de Mérida 1936-1958*. Caracas, Venezuela: Arte.

Venegas Filardo, Pascual (1991) *Viajeros a Venezuela en los siglos XIX y XX*. Caracas, Venezuela: Fundación de Promoción Cultural de Venezuela.

Vila, Marco Aurelio (1974) *Aspectos de la población urbana en Venezuela*. Caracas, Venezuela: Dirección de Cultura de la Universidad de Los Andes.

Notas biliohemerográficas

¹ Sobre todo sus obras tituladas *Urbanismo europeo en Caracas (1870-1940)* publicada en el año 1997, *La ciudad en el imaginario venezolano. Del tiempo de Maricastaña a la masificación de los techos rojos* (2002) y *La ciudad en el imaginario venezolano II. De 1936 a los pequeños seres* (2004b), las cuales son resultado principalmente del análisis de obras literarias venezolanas.

² Ver su libro *Vivir en Maracaibo en el siglo XIX* (2001), donde la rica información brindada por las publicaciones periódicas e imágenes del momento son el centro de atención.

³ En este caso es imprescindible analizar su tesis doctoral inédita titulada *Imágenes e imaginarios urbanos de Mérida (1870-1920). Una interpretación de la ciudad como proceso histórico-cultural* (2005), cuya información más interesante fue obtenida de publicaciones periódicas de la época, gacetas oficiales y crónicas de viajeros.

⁴ En este aspecto se recomienda la obra de Samuel Hurtado Salazar (2000) *Elite venezolana y proyecto de modernidad*, en la cual describe las actitudes y posibilidades de los miembros que para ese entonces se consideraban actores de las élites del país: miembros de la alta jerarquía eclesiástica, intelectuales, empresarios y políticos entre otros. Pp. 155-168.

⁵ Para profundizar en el tema confrontar el texto de A. Almandoz, *La ciudad en el imaginario venezolano. Del tiempo de Maricastaña ...*, *Op. Cit.*, pp. 3-5.

⁶ Término asumido por Almandoz y tomado de E. A. González Ordosgoitti (1989) *Treinta y una tesis para la delimitación de 116 subtipos del Campo Cultural Residencial Popular y No-Popular de América Latina*.

⁷ Este autor a su vez se fundamenta en la propuesta de M. Bolívar (1994) *Población y sociedad en la Venezuela del siglo XX*.

⁸ Esta autora fusiona la periodicidad de la modernidad latinoamericana propuesta por Silvia Arango (1997) *Primera y segunda modernidad en la ciudad latinoamericana*, con los enfoques de Ramón Gutiérrez (1997) *Arquitectura y urbanismo en iberoamérica* y Rafael López Rangel (1992) *Problemas metropolitanos y desarrollo nacional*. Febres-Cordero indica que esas aproximaciones en su mayoría no han considerado las causas del proceso original de esa modernidad en América Latina, enfatizándose sólo en su imagen o expresión del lenguaje de la modernidad (Febres.-Cordero, B., 2003:58).

⁹ Sería ventajoso revisar para este tema la investigación de la Dra. Eligia Calderón, Op. Cit., pp. 40-49.

¹⁰ Bastaría con revisar las descripciones dadas por don Tulio Febres Cordero en su obra *Clave Histórica de Mérida*, tomada de sus *Obras Completas* (1960), pp. 36-38.

¹¹ Pascual Venegas Filardo (1991) realiza un compendio de algunas descripciones y observaciones que por lo general en materia de geografía, geología y botánica realizaron gran cantidad de viajeros que visitaron Venezuela durante los siglos XIX y XX. Resalta lo valioso de esas descripciones, indicando que dichos viajeros estaban dotados “*de un espíritu de observación y con una sensibilidad capaz de sentir a Venezuela, juzgarla, o al menos, evocarla...*” (Venegas, 1991: 10)

¹² Las modificaciones arquitectónicas reflejaban los gustos predominantes de la alta sociedad merideña por los *revivals*, sobretodo en su tendencia neoclásica y neogótica.

¹³ Como se podría deducir de la lectura de Romero, Mérida era una de esas ciudades que mantuvieron su aire colonial apenas modificado por la adopción gradual de nuevas técnicas. Pero “*Colonial, en rigor, quería decir provinciano, y definía, sobre todo, un estilo de vida que resistía a la adopción de aquellas recetas y fórmulas exteriores que tenían que ver, sobre todo, con las formas de vida y de convivencia, no por virtud de determinada sociedad urbana sino, simplemente, por no haber sufrido los estímulos de la modernización y no haber experimentado los fenómenos que transformaron a las ciudades...*” (Romero, 1976: 283-284)

¹⁴ Su gusto por el patio o jardín era evidente. Calderón (2005) indica que la belleza en el interior de las casas recaía en el patio que era su núcleo central, con rosales, árboles frutales dispuestos como campos en miniatura. Esto también se refleja en las obras de Varela (1967) y Rangel (1987)

¹⁵ Don Tulio afirma que después del terremoto de 1812 las nuevas construcciones fueron todas de un solo piso y muy bajas, ya que fueron las menos elevadas o chatas las que habían resistido incluso durante el terremoto de 1894. (Febres-Cordero, 1960b)

¹⁶ Bernardo Celis Parra (1994) comenta que las tejas artesanales fueron introducidas en la ciudad desde 1590 por el maestro Juan de Milla. Junto a la tierra pisada reflejan simplicidad, austeridad y autenticidad de las edificaciones de la época.

¹⁷ La mayoría de las plazas para finales del siglo XIX y principios del XX eran simples potreros. Está el ejemplo el cronista Rigoberto Henríquez Vera (1991) quien dice que para 189 la Plaza de Milla “*era entonces un potrero público donde pastaban a su antojo las bestias y vacas de los silleros, quienes amarraban a sus animales en estacas que sobresalían por todas partes. Era ésta una vieja costumbre que venía de la época colonial*” (Henríquez, 1991: 97)

¹⁸ Cfr. la obra de Bernardo Celis Parra (1994) *Mérida Ciudad de Águilas*, p. 77.

¹⁹ Es interesante como ese auge que trae consigo el cultivo del café no fue siempre bien visto por muchos contemporáneos. Bastaría revisar algunos escritos de Don Tulio como “*Cuestión de víveres. Avance formidable del café. Los frutos tropicales en derrota*” de 1920 (En 1960b: 270-272) para palpar la angustia que aunada a la influencia de la Primera Guerra Mundial, producía el alza progresiva y escasez de los productos de primera necesidad.

²⁰ Tulio Febres Cordero señala las alfombras se fabricaron aproximadamente hasta 1870. “*Hay constancia histórica de que este producto no solo atendía a las necesidades de la ciudad, sino que se exportaba para Barinas y otras poblaciones...*”(Febres-Cordero, T., 1960a: 71) Nada se importaba para su fabricación, ya que la provincia contaba con lana, algodón, hilados, tintes y telares (Febres-Cordero, T., 1960b)

²¹ Con referencia a este punto, Febres-Cordero (1960b) indica que el algodón ya era cultivado, hilado y tejido por los aborígenes a la llegada de los españoles, quienes lo aprovecharon y construyeron telares al estilo europeo con lo que produjeron lienzos, ropas de cama, e introdujeron la lana para fabricar frazadas o cobijas.

²² El listado fue realizado tomando datos de Amado Moreno, *Op. Cit.*, p. 179; Eligia Calderón, *Imágenes e imaginarios urbanos de Mérida (1870-1920)...*, pp. 296-298 y Tulio Febres-Cordero, *Obras Completas. Clave Histórica de Mérida*, pp. 45, 76, 78, 84.

²³ Según Tulio Febres-Cordero, el primer coche del Gral. Rosendo Medina rodó por calles merideñas en 1885 y por ser ‘muy fino’, quedó pronto inutilizado “*víctima de los toscos empedrados que para entonces cubrían las calles*” (1960a: 75). Los siguientes coches fueron importados por otros pobladores en 1910.

²⁴ Dato obtenido de la obra de Beatriz Febres Cordero, *La Arquitectura moderna en Mérida 1950-1959*, p.

²⁵ Tulio Febres-Cordero (1960a) comenta que para 1858 en Mérida había sólo dos pianos, y a partir de 1877 varias familias fueron importando pianos con muchas dificultades hasta que para 1914 existían en Mérida 42 pianos.

